

# Medardo

>Nury Vázquez Hernández\*

Elsa esperaba el cambio del semáforo. Unos golpes en el cristal la hicieron vol-  
tear... Un vendedor, le ofrecía grillos elaborados con palma de coco.

## 2

Cinzontle

Fueron muchas noches y días de insomnio y falta de apetito. La tía Esther reco-  
mendaba llevarla a curar de “espanto”. Eso no lo curan los doctores afirmaba. Es  
tu culpa, Miriam. Elsa no hubiera sufrido ese shock; si no te hubieras empeñado  
en que me acompañara. Sólo iba a darle instrucciones a Medardo. También tie-  
nes culpa, Jorge. ¿Por qué lo contrataste sin referencias? ¿Qué sabes de él? Jorge  
se sentó, reclinó la cabeza, sentía punzadas... Si él estaba impactado ¿cómo esta-  
ría su hija? ¿Cuántas cosas pasaban por su mente?

Elsita, toma este tecito que te preparé. Te hará bien. Gracias, tía. No sabe feo,  
tómalo despacio. Toña. Apúrate. ¿Qué miras por la ventana? Nada, doña Esther.  
Sólo estaba refrescándome. Usted también está sudando. ¿Quiere que le sople?  
Muchacha, ¿Todavía tienes el abanico que te regaló ese pobre hombre? ¡Tíralo!  
No te vaya a traer mala suerte. ¿Más? Y usted que me quería casar con él. Bueno,  
es que parecía un muchacho juicioso y serio. Sí. Pero ya ve, tan callado. Creo  
que traía el diablo adentro. ¡Cállate! No digas eso, no debemos juzgar. Elsa, apu-  
ró el último sorbo del té. Rápidamente fue a su recámara y después a la de sus  
hermanos, tomó los grillos que Medardo les había dado y los tiró a la basura. De  
tarde en tarde, una vez terminado los deberes escolares iban con su mamá, al

\* Nury Vázquez Hernández. Comalcalco, Tabasco. Maestra de educación primaria, egresada de la Normal del Estado Profra. Rosario Gu-  
tiérrez Eskildsen, y maestra en historia, por la Escuela Normal Superior de México. Perteneció al taller literario de la Biblioteca Pública  
José María Pino Suárez.

negocio de su padre. Se divertían, subiendo a los montículos de arena o de grava. Hacían apuestas, sobre la cantidad de bloques estibados en cada fila. Otras veces, subían al montacargas, simulando conducirlo. También les gustaba jugar a las escondidas en la bodega. En ocasiones, se sentaban en una banca adosada al cuarto donde vivía Medardo, les gustaba verlo tejer con las hojas de los cocoteros, grillos o abanicos, solo una vez lo vieron hacer algo diferente, les dijo que era una canasta. Más nunca la vieron terminada. Cuando los grillos perdían el color, le pedían les volviera a elaborar otro. Medardo asentía y se concentraba en la tarea. Niños, vamos. Adiós, Medardo. Adiós. ¿No te da miedo quedarte sólo? No. Para nada, Jorgito. ¿Qué platicaban con Medardo? Elsa le preguntó, quién le enseñó a hacer grillos. Y yo le pregunté, si no tenía miedo de quedarse sólo. No es miedoso como tú Jorge, ja, ja, ja. Es muy callado ese muchacho. ¿Tendrá familia? No sé, Miriam. ¿De dónde es? Tampoco lo sé. Es muy trabajador y honesto. Para mí es lo importante. Con la fiebre del petróleo, todos quieren trabajar en Pemex o en las compañías.

Elsa, acompaña a tu padre. Tiene que regresar a la empresa. ¿No vas, mamá? No. Ricardo y Jorgito ya se durmieron. Y papá “tiene que ir a darle instrucciones a Medardo. Olvidó hacerlo antes de veniros”. ¿No es así, Jorge? Sí. No es necesario que me acompañes hijita, regreso pronto. Te acompañó papi, todavía no tengo sueño. Desde la entrada, Jorge llamó a Medardo. El silencio permitía escuchar claramente, el ruidoso canto de los grillos. Un gato, atravesó corriendo el patio de maniobras. Elsa apretó la mano de su padre. La puerta del cuarto de Medardo estaba semiabierta. Jorge lo llamó nuevamente. Silencio. Papá, se ve luz en la bodega. Ciertamente, debe estar arreglando algo. La puerta sólo estaba emparejada. Jorge la empujó. No pudo dar un paso más. Elsa vio el charco de agua, la silla tirada. Alzó la mirada, los pies descalzos de Medardo flotaban. Días después, Elsa escuchó a Toña comentarle a la tía Esther, que en la maleta del finado encontraron: una armónica oxidada y unos recortes amarillentos de un periódico, de muchos años atrás. Refería una tragedia. Quién sabe quiénes eran esos pobres Caín y Abel, dijo la tía Esther. A Medardo nadie lo vio tocar la armónica. Sabrá Dios por qué la guardaba.

## 3

Cinzontle